



NADIE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES

Domingo XXV del Tiempo Ordinario



Am 8, 4-7 | Sal 112, 1-2.4-8 | 1Tim 2, 1-8

Evangelio según san Lucas 16, 1-13 o bien 16, 10-13

Decía también a los discípulos: Había un hombre rico que tenía un administrador, al cual acusaron de malgastar sus bienes. Lo llamó y le dijo: ¿Qué es lo que me han contado de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no ocuparás más ese puesto. El administrador pensó entonces: ¿Qué voy a hacer ahora que mi señor me quita el cargo? ¿Cavar? No tengo fuerzas. ¿Pedir limosna? Me da vergüenza. ¡Ya sé lo que voy a hacer para que, al dejar el puesto, haya quienes me reciban en su casa! Llamó uno por uno a los deudores de su señor y preguntó al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? Veinte barriles de aceite, le respondió. El administrador le dijo: Toma tu recibo, siéntate en seguida, y anota diez. Después preguntó a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Cuatrocientos quintales de trigo, le respondió. El administrador le dijo: Toma tu recibo y anota trescientos. Y el señor alabó a este administrador deshonesto, por haber obrado tan hábilmente. Porque los hijos de este mundo son más astutos en su trato con los demás que

los hijos de la luz. Pero yo les digo: Gánense amigos con el dinero de la injusticia, para que el día en que este les falte, ellos los reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho, y el que es deshonesto en lo poco, también es deshonesto en lo mucho. Si ustedes no son fieles en el uso del dinero injusto, ¿quién les confiará el verdadero bien? Y si no son fieles con lo ajeno, ¿quién les confiará lo que les pertenece a ustedes? Ningún servidor puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se interesará por el primero y menospreciará al segundo. No se puede servir a Dios y al dinero.



Actuar de modo inteligente para solucionar un conflicto

El evangelio de este domingo ha recibido, a lo largo de la historia de la iglesia, muy diversas interpretaciones.

Nos resulta raro que se alabe la actitud de alguien que obra de modo deshonesto. Pero podríamos decir que el administrador no es alabado por obrar bien frente a Dios, sino por haber actuado sabiamente de acuerdo a los criterios de este mundo.

La astucia del hombre consiste en que, al verse en una situación complicada, no se entregó ni esperó lo irreparable con las manos cruzadas; se detuvo a reflexionar y vislumbrar posibles soluciones. Cuando identificó la indicada de acuerdo a su edad y recursos, la llevó a la práctica de inmediato.

Recordemos hace unos domingos la parábola del “rico insensato”. Habíamos dicho que una de las características del discípulo debía ser la de llevar los problemas a Jesús, profundizarlos, discernir y elegir procurando la decisión “más sabia y menos necia”.

Mirando mi vida de discípulo o discípula, ¿estoy siendo un administrador fiel de los dones que Dios puso en mis manos? ¿O puedo reconocer en mis actitudes: despilfarro, descuido, desinterés, despreocupación, actitudes que generan la acusación de parte del amo al inicio del evangelio?



“Todos los bienes le pertenecen al Señor,
el Dios altísimo,
reconozcamos que todos son suyos,
y démosle gracias por todos ellos,
ya que todo bien procede de Él.
Y el mismo Señor, único Dios verdadero,
posea y reciba todos los honores y reverencias,
todas las alabanzas y bendiciones,
todas las acciones de gracias y la gloria;
suyo es todo bien; sólo Él es bueno.
Y si vemos u oímos decir o hacer mal
o escuchamos que ofenden a Dios,
nosotros bendigamos, hagamos el bien
y alabemos a Dios,
que es bendito por los siglos. Amén” (1 R XVII).

(*Los cinco minutos de san Francisco*, textos seleccionados por Murray Bodo, ofm,
Editorial Claretiana, 2001).



Servir a un solo Señor

Las parábolas cuentan historias que quieren ilustrar un aspecto particular; no esperemos que nos aclaren la totalidad de los detalles. Con este caso extremo Jesús nos hace ver cómo los hombres de este mundo son inteligentes cuando se trata de problemas que les convienen. Jesús alaba su habilidad, no su ser injusto.

Los cristianos tenemos en nuestras manos una tarea mucho más importante que la que tenía el administrador: cuidar los dones que Dios pone en nuestra vida. Vemos que el administrador descarta dos posibilidades —cavar y pedir— y se le ocurre una solución posible.

Y yo... ¿cuánto empeño pongo en resolver las situaciones difíciles de mi vida? ¿Esas decisiones expresan que sirvo a un solo Señor?

SEMILLERO

El siguiente aporte pertenece a una obra breve y muy valiosa. Ella nos invita a reflexionar, en profundidad, acerca de la necesaria reforma estructural para poder llegar a ser una Iglesia pobre y de los pobres. El Autor nos dice: “he elegido analizar el capítulo 16 del evangelio de Lucas, totalmente dedicado a dichos y parábolas de Jesús sobre la riqueza. Se trata de un texto que nos ofrece un extraordinario perfil de Jesús, sobre cómo radicalizó las enseñanzas de la Torá hebrea en lo que respecta al ámbito económico-financiero”.

El contexto histórico de Jesús

“Los problemas y las contradicciones de la civilización romana se reflejan en el contexto de Jesús, la Palestina del siglo I. El gobierno de Roma explotaba hábilmente a las oligarquías o a las aristocracias locales. En Palestina sostuvo a Herodes el Grande (40-4 a.C.), un rey cruel que mató a los miembros de su misma familia sospechados de complotar contra él. Una vez Augusto dijo: ‘¡Preferiría ser un cerdo de Herodes, antes que ser su hijo!’. Sin embargo, con la protección de Roma, ese monarca despiadado gobernó Palestina durante cuarenta años.

A Herodes lo sucedieron los tres hijos que le habían quedado. A Arquelao le fueron confiadas por breve tiempo solo Judea, Samaria e Idumea; después Roma lo depuso y asumió el control directo de esas provincias. Al segundo, Herodes Antipas, le confió Galilea y Perea, que gobernó hasta el 39 d. C.; al tercero, Felipe, le fue asignado el territorio al norte de Galilea.

En Judea, Roma lograba gobernar a través de la aristocracia sacerdotal, que administraba el templo. Ya es un dato cierto que los sumos sacerdotes compraban su título a Roma, pagándolo a peso de oro. Cada día en el templo había un sacrificio ofrecido en honor a César. Esta práctica se interrumpió en el 66 d. C., cuando se desencadenó la rebelión contra Roma.

¿Por qué Roma controlaba las élites locales? Para chuparle la sangre a los pobres. ¿De qué manera? Con los impuestos, una recaudación fiscal exorbitante. (...)

La pobre gente no tenía dinero, pagaba en especies. Richard Horsley sostiene que el noventa por ciento de los galileos vivía por debajo del límite de la pobreza absoluta y que al menos el cincuenta por ciento de lo recogido era entregado como pago de impuestos. Según Horsley, los galileos debían pagar tres impuestos: uno al César, otro a los sacerdotes del Templo y otro más a Herodes. El tetrarca Herodes Antipas en tiempos de Jesús logró construir no una, sino dos capitales administrativas: Séforis y Tiberíades.

Muchísima gente no lograba ni siquiera completar el pago en especies y era obligada a endeudarse

en condiciones de usura, debiendo devolver el doble o el triple de la suma recibida como préstamo. Los campesinos se endeudaban para pagar los impuestos, y cuando no podían obtener otros créditos, se veían obligados a vender sus pequeños campos.

Según los estudios de Horsley, pero también haciendo una lectura atenta de las parábolas evangélicas, en Galilea existían amplios latifundios cuyos propietarios se encontraban en Roma, en Antioquía, en Alejandría y se servían de administradores locales. Los pobres campesinos, vejados por los impuestos, perdían sus pequeñas posesiones y luego iban a trabajar como jornaleros, por poquísimos dinero, en esos campos que antes les habían pertenecido. Quien no tenía más nada para vender terminaba como esclavo, junto a su esposa y sus hijos.

Esta era la trampa de la opresión romana. En un contexto similar Jesús pronuncia las parábolas y los discursos de Lucas 16. Evidentemente el evangelista ha elaborado el material que tenía a su disposición, pero el contexto original era el que hemos expuesto”.

(El dinero y el Evangelio. Contiene el texto del Pacto de las Catacumbas, Alex Zanotelli, Editorial Claretiana, 2015).